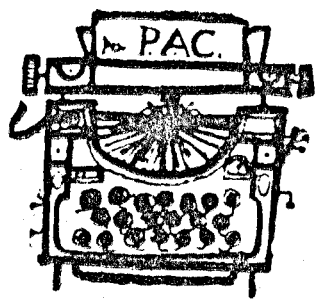


escrito a máquina

En vez de educar,
envilecemos



Una mujer me detiene en la calle a poca distancia de "La Prensa". La reconozco. Estuvo empleada alguna vez en mi casa. Quiere quejarse; lo necesita y, al verme pasar, su queja —comprimida por largas horas— encuentra salida. Ha estado todo el día allí —¿dónde?— en esa puerta a donde le dijeron que llegara a cobrar. Voy enterándome poco a poco. Es una "inscrita". La llevaron a la mesa de inscripciones el domingo diciéndole que le iban a pagar. Luego le dijeron que llegara a esa oficina. Fue temprano. La hicieron esperar toda la mañana. Entonces le dijeron que volviera en la tarde. Volvió y nada! Ahora le dicen que hasta el siguiente día y la han hecho perder un día de trabajo.

Esa es la queja. La humilde queja de una lavandera. Se inscribió porque le dijeron que le iban a pagar y lo que perdió fue un día de trabajo. Tiene varios hijos. Pienso en el mundo de esa mujer en el cual me he visto de pronto introducido. Pienso, primero, en esa economía totalmente insegura —la economía del azar que es la economía de la miseria— y trato de valorar lo que para ella significó ese ofrecimiento inesperado de unos cuantos córdobas (se me olvidó preguntarle cuántos le ofrecieron) por ir a inscribirse seguramente en compañía de algún grupo de su vecindario. Posiblemente ese dinerito le venía bien para completar el desbalance habitual de la semana. Su imaginación, por tanto, ya se había posesionado de esos pesos. Pero ¡viene la primera contrariedad: hay que ir a cobrarlos a una oficina de propaganda! Y la lavandera, va, hace cola, espera, vuelve. A las cinco de la tarde no es su paciencia la que estalla, (¡la infinita paciencia de la necesidad!), sino su contabilidad: porque no solamente no ha ganado sino que ha perdido un día, un día en blanco sobre la mesa de sus hijos.

Por, por duro que sea el caso de la burla o del engaño a esta mujer, si ahondamos en nuestra reflexión nos daremos cuenta que es mucho peor, mucho más disolvente, mucho más revelador de una total distorsión de los valores morales y cívicos, el hecho de pagarle o de ofrecerle pago por su inscripción. Un Señor "Don" se sentiría ofendido si se le hiciera la oferta que se le hizo a la lavandera. En la oferta, por tanto, va implícita una discriminación y una humillación. No se la considera persona sino número. No se la incorpora a una democracia sino que se la trata como rebaño. No es sujeto de opinión sino de arreo. En el momento en que va a inscribirse como "ciudadana" lo que se hace con ella es echarle a perder el concepto de ciudadanía: hacerla sentirse cosa. Tratarla como cosa. No le enseñan libertad sino venalidad.

He aquí el curso intensivo de "civismo" que sus dirigentes dieron a esta mujer en un solo día:

1º) Le han enseñado que el ejercicio de la ciudadanía se vende.

2º) Le han enseñado que la opinión se compra.

3º) Le han enseñado que la dignidad tiene precio (y barato).

4º) Le han enseñado que la pobreza no tiene derecho a opinar.

5º) Le han enseñado a mendigar.

Un amigo que está junto a mí mientras escribo estas líneas oye mis reflexiones y se ríe. "Pero ¿de qué te sirve decir eso?" —me dice. —"¿Cuándo ha tenido algún valor aquí la opinión; cuándo se ha respetado el voto, cuándo ha funcionado la democracia?"

—Nunca he creído —le contesto— que con unos escritos voy a corregir un vicio congénito a un sistema. Lo que trato es de mantener viva una conciencia. Que no se borre de la conciencia de muchos la tabla de los valores verdaderos. Que no lleguemos todos, por la fuerza de la costumbre —o por el contagio del medio en que vivi-

mos— a aceptar como bueno lo malo, o como virtud la zanganada. Que no lleguemos a creer que somos irredimibles, sino que sepamos ver cómo es el proceso de degradación que nos pervierte, cómo funciona, y conociéndolo reaccionemos y lo transformemos. Si en vez de ese proceso deformador, nuestros Gobiernos y nuestros dirigentes usaran el proceso contrario —educativo y formativo de la conciencia ciudadana y de la conciencia social— nuestro pueblo respondería mucho más rápidamente de lo que creemos.

—Voy a ponerte un ejemplo. Asiste a una elección en San Carlos y luego asiste a una en Los Chiles. Son dos puertecitos ínfimos separados por unos pocos kilómetros, el uno en el Lago, en Nicaragua; el otro en Río Frío, en Costa Rica. Verás en San Carlos todas las características de nuestro envilecimiento: la fuerza militar en pleno despliegue político, el "arreo" del pueblo, la compra de votos, las arbitrariedades, el aborregamiento del pueblo, el pago en guaro, los votantes borrachos, etc. Verás luego en Los Chiles a un pueblo que por sí mismo impone seriedad a los comicios. Un pueblo consciente y celoso de sus derechos, vigilante, ordenado, respetuoso de la libertad y de la opinión ajenas. Te bastaría comparar el comportamiento de las autoridades en uno y otro puerto para creerte en otro país a miles de kilómetros de distancia...

—Eso ya lo sabemos —me interrumpe mi amigo. Los unos son nicas y los otros son ticos. Los costarricenses han llegado a montar una democracia tras un largo proceso histórico muy distinto al nuestro.

—Pues estás muy equivocado —le respondo. Y a eso iba yo. Resulta que en Los Chiles apenas hay ticos. La inmensa mayoría de su población es nicaragüense y sin embargo esos nicas e hijos de nicas —a sólo tres o cuatro kilómetros de San Carlos— se comportan de una manera absolutamente distinta. ¿Por qué?

—Simplemente: porque no son empujados por un sistema a su envilecimiento. Porque, por el contrario, reciben del Estado una educación que los civiliza.

Y no quiero que con esto creas que estoy proponiéndote la solución tica como una panacea o como el gran ejemplo a imitar. Nosotros, con nuestro pueblo, podemos lograr eso y mucho más. (El nicaragüense, como el Cid, sería "buen vasallo si oviese buen señor"). Lo que quiero es hacerte ver que un pueblo responde a la educación y al ejemplo que se le da.

Pero lo triste, lo grave para Nicaragua es que se nos vienen encima problemas nuevos —problemas y retos ineludibles del tiempo que vivimos: laborales, demográficos, socio-económicos, técnicos, etc.— y ni siquiera hemos resuelto los más elementales. Las masas en toda América cada día cobran más conciencia de sus derechos y, como dijo la semana pasada Pablo VI (en su discurso a la FAO) cada día "exigen con más impaciencia mayor grado de participación en el triple plano del tener, del saber y del poder (hacer más, conocer más y tener más para ser más)". En vez de navegar en esa corriente, de avanzar en ella, la proa de nuestro barco se dirige todavía al viejo puerto del engaño. ¿Cree el Gobierno que el pueblo —como la pobre lavandera— seguirá en la puerta de una oficina de propaganda esperando la limosna de unos pesos electorales? ¿Con esa medida de humanismo y con unas cuantas medidas de represión —prohibiendo libros, multando canciones y liquidando sindicalistas— estaremos despejando el futuro? ¿No estamos, más bien, metiendo nuestro barco, ciegame, suicidamente, en el vórtice mismo del huracán?

PABLO ANTONIO CUADRA